

Reseña

Sueño del orden. La ciudad latinoamericana*

Por Oscar Brando**

* *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*. Adrián Gorelik.

Buenos Aires: Siglo XXI, 2022.
424 p.

ISBN: 978-987-801-137-0

** Profesor de Literatura (Instituto de Profesores Artigas, Uruguay), licenciado en Filología Hispánica (Universidad Complutense de Madrid), doctor en Letras (Universidad Lille 3, Francia). Investigador SNI. Profesor de grado y posgrado en Formación Docente y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Udelar). Investigador asociado de la Biblioteca Nacional del Uruguay. Docente de la Facultad de la Cultura de Universidad CLAEH.

✉ obrandoaramuni@gmail.com

«Parto de la inteligencia» llamó Ángel Rama a la ciudad latinoamericana en el muy citado primer párrafo de su ensayo *La ciudad letrada*. El comienzo consiguió celebridad al construir una figura de retórica con varias imágenes felices: el sueño occidental de un orden, decía, en el amplio ciclo que va de la destrucción de Tenochtitlan (siglo XVI) a la construcción de Brasilia (siglo XX), habría encontrado en el Nuevo Continente un sitio para encarnar.

Optando por un ciclo menos ambicioso, 1940-1970, Adrián Gorelik (1957) se propone en este libro que titula *La ciudad latinoamericana* explicar esa entelequia como *una figura de la imaginación social del siglo XX*. Si América Latina fue, en esas décadas, un avanzado proyecto político, es en sus ciudades, en la transformación urbana, donde se pueden apreciar las etapas de esa utopía: sus puntos de partida, sus desarrollos, sus ilusiones perdidas. El fatalismo telúrico, pesimista y reaccionario del vacío primordial —la soledad del gaucho en Roberto Ares Pons, cualquiera de las imágenes entonadas por Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa*— encontrará en el núcleo urbano el embate del optimismo desplegado por los proyectos de experimentación social y política. La innovación y el progreso, dice Gorelik, y es este asunto crucial en la explicación de lo americano, solo pueden ser comprendidos en ese humus de productiva violencia cultural.

Un capítulo inaugural que Gorelik titula «Apertura. El ciclo de la ciudad latinoamericana» despliega los sesgos contradictorios en el momento de la «explosión urbana»: la reclinación sobre lo moderno alimenta

la pobreza y la marginalidad, la fragmentación y la violencia, la tugurización de los centros y la miseria de las periferias. Modernización, desarrollo y planificación serán los términos claves para pensar en el urbanismo como reforma a los desequilibrios. El fracaso obligará a dejar los aspectos técnicos y optar por los políticos, y si la planificación urbana persistió como factor de cambio ya no se la debería pensar bajo el capitalismo sino en el socialismo: se pasaba del desarrollismo cepalino a la teoría de la dependencia. Para conseguir cambios era necesaria la revolución; así se llegaba a 1970, cierre del ciclo pensado en el libro.

El crecimiento de las ciudades latinoamericanas al influjo de la modernización implemendaría una modernidad periférica: migración del campo a la ciudad, imperfecta industrialización, equilibrio precario entre Estado y mercado. Acompañó ese proceso el desarrollo de disciplinas que explicaron al tiempo que ordenaron el conocimiento de la ciudad. La sociología, la antropología y la etnografía, la demografía y la economía política, adelantadas en los Estados Unidos, aterrizaron de manera desigual en territorios del sur. Estamos en la parte I del libro, titulada «Por el camino de la etnografía. La aldea, del campo a la ciudad». En el comienzo México jugó un papel preponderante porque fue el banco de pruebas del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chicago. Tuvieron un rol protagónico dos figuras que atraviesan todo el libro, porque todo el libro está impregnado del problema que los enfrentó: Robert Redfield y Oscar Lewis. Los dos se aplicaron a estudiar, incluso en las mismas áreas y cuerpos sociales, la transformación de la cultura rural, folk o tradicional cuando ingresó y se puso en contacto con las lógicas urbanas. Redfield vio, en ese deslizamiento, un continuo folk-urbano, árbitro de una adaptación de la comunidad aldeana a los ritmos de la gran ciudad. Lewis trabajó en la misma realidad, tal vez un poco después, lo suficiente como para que ocurrieran cambios apreciables. Con su método, que difiere notoriamente del de su colega y que sintoniza con la narrativa de no ficción que irrumpió en esos años, identificó en los grupos migrantes, estudiados a través de las biografías de sus miembros, residuos poderosos de sus comunidades de origen que resistían los embates urbanizadores: lazos fuertes de familia ampliada, cultos religiosos, costumbres alimenticias y prácticas de curación; definió el concepto de *cultura de la pobreza*, que tuvo una gran difusión en la antropología posterior.

Si el método de Lewis causó estupor en los estudios académicos (y duras protestas de sectores conservadores mexicanos que no querían verse reflejados en el espejo lewisiano), aportó además a la idea de continuo tradición-modernidad la de un arrastre y resistencia que haría posible la explicación de la ciudad latinoamericana. El seminario que se realizó en 1959 en Santiago de Chile permitió, con la apertura del método (funcionalismo a lo Redfield, culturalismo a lo Lewis), estudiar las barriadas de Lima, las favelas de Río y las villas miserias de Buenos Aires. Gorelik busca identificar los problemas con quienes los estudiaron y eso le da a su relato una vitalidad que alivia la

erudición. La Lima de Matos Mar o la Buenos Aires de Gino Germani muestran ser, en ese año de 1959, sociedades en tránsito en las que los procesos de integración de los migrantes resultan distintos por sus puntos de partida y sus zonas de llegada; bajo sus miradas el continuo folk urbano presenta un dualismo moderado, con ventajas y carencias en el proceso de urbanización.

La interpretación de dualidad y marginalidad impregnaría todo el debate posterior. Porque el dilema era qué hacer con la forma de vivir, con la cultura de los grupos migrantes. El complejísimo proceso solo puede formularse, en este avaro comentario, con palabras clave que el lector hidratará: comunidad, vivienda, complejos habitacionales, Estado, financiación, cooperativas de autoayuda, acción comunal, intervención pública o privada, autodeterminación y un largo etcétera. Gorelik recorre estos problemas en distintas realidades: Puerto Rico es un lugar emblemático de experiencias en muchos sentidos, pero también Bogotá, de nuevo Lima o Río de Janeiro. Por cierto, Gorelik no descuida las improntas y las derivas teórico-ideológicas que acompañaron los procesos y los proyectos. Desfilan, de acuerdo a los lugares y los momentos, las posiciones cepalinas, optimistas con el cambio que promete el desarrollo; las intervenciones del tipo de Economía y Humanismo inspiradas en concepciones católicas lideradas por el padre Lebrecht; grupos y asociaciones de todo tipo que no pocas veces eran sospechados de espionaje político; las versiones más fatalistas de la *cultura de la pobreza* dimanadas del libro de Lewis *Los hijos de Sánchez*, y, por supuesto, crecientemente, a lo largo de los sesenta, las posturas marxistas que llevarían a los propios integrantes de la Cepal, junto con otros sociólogos, a vivir la experiencia más radical en la Santiago de esa década.

La parte II del libro se despliega «Bajo el signo de la planificación». Planificó la URSS, planificaron los fascismos europeos, planificó el New Deal para paliar la crisis de los años treinta. «Lo que se formula bajo el signo de la planificación —especula Gorelik para resumir el capítulo— es el imperativo de una organización racional de la ciudad y la región como variante decisiva en la atenuación de los desequilibrios producidos por el sistema económico-social» (p. 171). El equilibrio socioespacial exige la ampliación de la acción hacia la región, «de la ciudad del urbanismo al territorio de la planificación» (p. 171). Esta es la novedad más notable en este capítulo: descubrir el regionalismo como clave de bóveda de muchas de las transformaciones, junto con o al margen de la industrialización, emblema de la modernización. Vuelta a Puerto Rico, el libro propone la planificación integral como camino. Un desarrollo acucioso del «concepto Puerto Rico», en el que no nos podemos detener, desemboca en las dos experiencias de planificación regional y diseño urbano más radicales del período: la venezolana de Ciudad Guayana y la más reconocida de Brasilia. Ciudades nuevas, su construcción exigía la inteligencia del arquitecto, pero sin duda trufada por todas las ciencias sociales que se habían ido acumulando en la experiencia americana. El estudio de Brasilia es uno de los puntos altos del libro, ya que conjuga la voluntad política, la inteligencia técnica y los sueños de

vida que pudieran conjurar los males de la modernidad. Entre Cuba y Chile, los «catorce años prodigiosos», como llamó Claudia Gilman al período 1959-1973, se cierra esta segunda parte del libro.

Como hubo una apertura del libro, hay un cierre de título elocuente: «La historia y la crítica cultural ante los dilemas de la ciudad latinoamericana». Adrián Gorelik, arquitecto, doctor en Historia, se inviste de historiador de la cultura y busca que el largamente expuesto «proceso de urbanización» irrumpa ahora desde el pensamiento de intelectuales menos afectados por las ciencias sociales. Luego de reiterar el nombre de algunos integrantes de la *intelligentsia* latinoamericana del período —Aníbal Quijano, Jorge Enrique Hardoy—, desemboca en tres figuras en las que deposita la conclusión del libro: Richard Morse, José Luis Romero y Ángel Rama. Hardoy y Morse fueron, hacia los años setenta, los agitadores de encuentros en los que se razonó el carácter periférico de la modernidad latinoamericana, su condición de arena cultural. Fue Morse quien invitó a Rama, en 1982, a un encuentro en el que el uruguayo desarrolló una idea gestada dos años antes: la ciudad letrada. A partir de esa instancia Rama completaría su ensayo seminal, que no vio publicado porque murió antes en un accidente de avión. José Luis Romero, el historiador argentino con quien Rama pudo cruzarse en la naciente Facultad de Humanidades de Montevideo en los años cuarenta y cincuenta, había publicado en 1976 un libro capital y fuera serie, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, que Rama leyó con avidez y provecho. Importa esta pequeña red de circulación porque es epítome de la vasta cuenca de pensamientos sobre la ciudad latinoamericana. Pero, sobre todo, porque adelanta y aventura los cambios hacia los cuales se orientarían las nuevas especulaciones de fines del siglo XX y principios del XXI.